

# **PREGÓN SEMANA SANTA SALAMANCA 2010**

(Alfonso Fernández Mañueco)

Excelentísimo y reverendísimo Sr. Obispo, querido Don Carlos.

Ilmo. Sr. Alcalde

Excma. Sr. consejera de Administración Autonómica.

Ilma. Sr. Presidenta de la Diputación provincial

Ilmo. Sr. Delegado de la Junta de Castilla y León

Excmas. e Ilmas Autoridades

Sr. Presidente de la Junta de Cofradías, Hermandades y  
Congregaciones de Semana Santa de Salamanca

Hermanos mayores y cofrades

Espectadores que nos seguís a través de la retransmisión de la  
Ocho de Castilla y León Televisión.

Medios de comunicación. Decisivos para que nuestra Semana  
Santa llegue hasta el último rincón.

Señoras y señores. Amigos todos.

Hace poco más de tres meses, recibí la llamada de un  
amigo. Llamada en apariencia de trámite, pero que, sin embargo,  
se convirtió en una de las llamadas más bonitas que he recibido  
en mis 44 años de vida.

Me preguntaban si aceptaría ser pregonero de la Semana  
Santa de Salamanca, en caso de aprobarse por la Junta  
Permanente de Cofradías, Hermandades y Congregaciones.

Mi respuesta fue instantánea y afirmativa. Estaba cargada de algo de atrevimiento, un punto de emoción y mucha gratitud. El ofrecimiento me lo hacían exactamente 40 años después de que mi padre tuviera tal honor en 1970.

Superadas las sensaciones iniciales, me invadió un sentimiento de responsabilidad. En algunos momentos también se apoderaba de mí un sudor frío y un cierto cosquilleo propio de quien asume con mucha humildad, la enorme tarea de Pregonar la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús en la universal ciudad de Salamanca desde mi visión personal, subjetiva, particular, vivida, sentida, amada y, a veces, tal vez imaginada.

Quiero desear su pronta recuperación y agradecer las amables y cariñosas palabras de D. Manuel Fernández Álvarez que hunden sus raíces en la antigua y sincera amistad que han compartido mis padres durante mucho tiempo con él y con su mujer, Marichun.

La gente ha tenido la oportunidad de conocer su magisterio universal, su labor excepcional como investigador, Académico y escritor que ha acercado la historia a centenares de miles de personas. A las luces y a las sombras de la Historia de España.

Sin embargo, el gran público no conoce la mejor de sus virtudes: Su humanidad y Su gran corazón. El que has compartido y sigues compartiendo como marido, padre y amigo. Muchas gracias.

Les confieso a todos ustedes que llevo varias semanas pidiendo al Espíritu Santo, que preside el conjunto de este Retablo y da nombre a esta Iglesia, que me ilumine para cumplir tan magna tarea encomendada.

Espero estar a la altura de dicho encargo y satisfacer las expectativas que genera este acontecimiento entre cofrades y público en general.

Si alguien tiene la posibilidad de leer los pregones que me han precedido desde 1965, puede clasificarlos en tres categorías:

Aquellos que hacen una exaltación de sus convicciones religiosas y su compromiso con la sociedad en la que viven a través de la religión.

Una segunda categoría, la de aquellos que se centran en ensalzar una parte o la totalidad de la Semana Santa salmantina como fenómeno religioso, con evidentes implicaciones artísticas, culturales, turísticas y socio económicas que la hacen única en España.

Y, por último, los pregoneros que se centraron en sus contactos, visiones o experiencias, personales y subjetivas.

Yo quiero pregonar explicando mi compromiso religioso con el prójimo, exaltando la Semana Santa salmantina y explicando mi visión personal sobre la misma.

Pregonar es publicar, hacer notorio en voz alta algo que llegue a conocimiento de todos.

Pregonar que se avecina la fiesta más grande para los cristianos. La conmemoración de la muerte de Jesús pero, sobre todo, la conmemoración de la Vida Eterna.

Publicar un mensaje de esperanza: Cristo ha resucitado. “*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe*”, dijo San Pablo.

Hacer notorio en voz alta el primer paso de un largo camino de nuestra Semana Santa.

Yo aquí no vengo a enseñar. Vengo a aprender. Aprender de esta experiencia y aprender del testimonio de fe de todos vosotros, los que llenáis de sentido las Hermandades, Cofradías y Congregaciones.

Aprender de quienes habéis recibido este impresionante legado de fe y arte y lo propagáis con intensidad a las nuevas generaciones. A todos los que aquí estamos nos une la fe en Cristo y nuestro amor por esta ciudad y su Semana Santa.

En la Casa de Dios y ante Él, en el misterio de la Eucaristía y en la imagen de su Flagelación, quiero hablaros desde mi humilde experiencia personal. Lo que significa para mí la Semana Santa y cómo la siento en mi ciudad, Salamanca.

Hoy continuó una tradición iniciada en 1965 y que, verbo a verbo, palabra a palabra, se ha perpetuado hasta nuestros días. Tan sólo restan cinco años para completar el medio siglo de pregones. Y cada pregón se suma a un todo porque la Semana Santa la construimos entre todos a través de los tiempos. La Historia, pasada, y la Historia viva que protagonizamos ahora.

La responsabilidad que siento es muy grande. Impresionan tanto el marco como el auditorio, un bellissimo templo donde el Barroco adquiere su máximo esplendor.

Una iglesia muy familiar para todos los salmantinos. También para mí porque aquí nos casamos mi mujer y yo.

También impresionan los nombres y las obras de quienes me precedieron en este honor. Etnógrafos, lingüistas, historiadores, empresarios, profesores, políticos... Teólogos y sacerdotes que predicán y difunden la palabra de Dios.

Rectores que ocuparon el sillón donde un día se sentó Don Miguel de Unamuno. De quien se conservan páginas y versos religiosos inolvidables, como los que le inspiró el Cristo de Velázquez:

*“¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío? [...]*

*Miras dentro de Ti, donde alborea*

*El Sol eterno de las almas vivas”.*

Y pregoneros como mi padre. Persona de arraigadas y profundas creencias cristianas. Una creencia absoluta en Cristo que, desde niños, nos transmitió a sus hijos.

Mi padre, en compañía de mi madre, nos enseñó a mí y a mis hermanos que la fe y la moral no se imponen.

Y que el marco más idóneo para formarnos en la fe es la familia. La familia es el ámbito donde las personas aprendemos a dar y a recibir amor. *“Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar”.*

La fe, como nos recordó el Santo Padre, no es tan sólo una herencia cultural. *“Es una acción continua de dar la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada”.*

La familia es la Iglesia doméstica. Donde los hijos aprenden que toda persona es digna de ser amada. Como sucede también en la Semana Santa, donde los cofrades se dirigen unos a otros con una de las palabras más hermosas de nuestro diccionario: *“hermano”.*

Es en la familia donde los padres transmitimos a nuestros hijos la fe. Explicándola. Dando un testimonio creíble de nuestra esperanza cristiana. Intentando que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a nuestros hijos con la mayor claridad y autenticidad.

Porque la familia humaniza al hombre y nos recuerda que el ser humano es libre porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por eso, la educación cristiana tiene que ser una educación para la libertad.

Es también en la familia donde aprendemos que Dios es esencialmente amor, amor ilimitado hacia nosotros. Donde constatamos que los hombres tenemos sed de vida auténtica, de amor real y de Dios, sobre todo de Dios.

Sin embargo, la Semana Santa y su mensaje no pueden limitarse al entorno privado y familiar, sino que salen a la calle, en la búsqueda del otro, del hermano, a predicar el mensaje de Jesús resucitado, el mensaje de vida eterna.

Las personas cumplimos con nuestras tareas cotidianas (cuidar de los hijos, trabajar, las obligaciones domésticas) pero nos damos cuenta que nos falta algo. Nuestros asuntos diarios no son suficientes. Necesitamos que nuestra vida tenga un sentido profundo, que alguien nos escuche y se preocupe por nosotros. Y ese alguien se llama Jesús

Comete un gravísimo error aquel que piensa que la Religión debe reducirse al ámbito privado, pero también se equivocan quienes piensan que la Religión debe invadir todos los ámbitos de la vida, sean éstos públicos o privados.

La postura correcta, es mantener una actitud profundamente respetuosa con las creencias de cada uno. Salvaguardándolas con esa gran conquista de occidente que se llama libertad.

La libertad de conciencia y de religión, desterrando el integrismo ejercido en nombre de Dios y abominando de la intolerancia laica.

Los Poderes Públicos tienen obligación de asumir la realidad social y religiosa tal como existe. No pueden sustituir la libertad de las personas, ni seleccionar la religión, ni rechazar o prohibir las creencias, ni las manifestaciones religiosas que practican libremente los ciudadanos.

El pueblo no entendería que los poderes públicos no respetaran la Semana Santa como el más maravilloso testimonio de religiosidad popular que nos han legado nuestros antepasados.

Nuestra responsabilidad es pasar el testigo a nuestros hijos para que la herencia entregada sea, al menos, la recibida.

La Semana Santa es la expresión máxima del amor que lleva al Hijo de Dios a dar su vida por los hombres. El Amor que da nombre al Cristo con el que llega la Paz desde el otro lado del Tormes.

Su imagen cruzando el Puente Romano siempre emociona. Tanto al atardecer, cuando los últimos rayos de sol bañan las aguas del Tormes, o de regreso a su templo cuando su imagen se transforma entre las luces que desprende la monumentalidad salmantina.

La Semana Santa es un bello, piadoso y ascético juego de miradas.

Las miradas de los fieles que se agolpan en la Rúa Mayor al paso del Jesús Flagelado, recogiendo su túnica desde este mismo templo donde ahora nos mira. Las miradas de los espectadores que, fijas en el Drama en madera que desfila ante ellos, siguen las retransmisiones a través de la pequeña pantalla.

Las miradas de los penitentes a través de los leves agujeros del capirote: La mirada inocente de los niños, absortos en las aceras de la calle San Pablo ante la imagen que pasa o agitando las palmas para recibir a Jesús entrando en la Catedral a lomos de un borrico.

Y, ante todo y sobre todo, La mirada del Señor. Con la Cruz auestas, como el de la Veracruz o Nuestro Padre Jesús de la Pasión, o la mirada del Señor desde la Cruz como el Cristo de la Buena Muerte o el Cristo de los Doctrinos, predicando el amor con sus brazos abiertos.

Y la mirada de su Madre, Nuestra Señora de las Lágrimas, La Virgen Dolorosa o María Nuestra Madre, todas ellas rasgadas por un dolor infinito e inmenso. La estampa más conciliadora y hermosa de toda esta liturgia popular en la calle que es la Semana Santa. Todos los hombres se buscan y se encuentran a través de las miradas.

Siguen, seguimos, la Verdad y la Vida. La luz de salvación, la fuente que sacie nuestra sed. Y estos misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor son la luz de esa salvación y la fuente en la que saciamos nuestra sed de Dios.

La fiesta religiosa del pueblo como cantara uno de los más importantes poetas del pueblo, nuestro paisano Gabriel y Galán:

*“Cuando pasa el Nazareno  
De la túnica morada,  
Con la frente ensangrentada,  
La mirada del Dios bueno y la soga al cuello echada,  
El pecado me tortura, las entrañas se me anegan  
En torrentes de amargura y las lágrimas me ciegan,  
Y me hiere la ternura”.*

La Semana santa es también una invitación anual para mirarnos hacia el corazón, que es donde mira Dios. A nuestro interior. Hacia todo lo bueno que en el hombre habita. Que es mucho.

La invitación que nos traslada cada Viernes Santo Jesús desde el Huerto de los Olivos. Rodeado de soledad y de los temores propios de un hombre ya sin el abrigo y el calor humano de sus discípulos. Tendiéndonos su mano para que le arropemos en el duro camino de sufrimiento que le espera.

Porque la Semana Santa es una invitación para sacar lo mejor de nosotros mismos. Y hay tantas Semanas Santas como ojos la miran.

La misma Semana Santa que está profundamente enraizada en nuestra historia. Tan íntimamente unida a la ciudad que su germen se remonta al lejano 1240 en la congregación "*Los Hermanos de la Penitencia en Cristo*". Los documentos de la época dan fe de ello.

También más de 500 años contemplan a la Vera Cruz. La Ilustre Cofradía de la Santa Cruz del Redentor y de la Purísima Concepción. Más de medio milenio pregonando en sus procesiones e imágenes que Cristo muere pero también que ha resucitado.

De las cofradías más antiguas, a las hermandades más jóvenes, surgidas al abrigo de nuestros barrios en las parroquias de Jesús Obrero en Pizarrales, de la Hermandad del Silencio, la de Jesús del Vía Crucis en San Juan de Mata, en los Trinitarios.

Y hermandades con el conocimiento que dan los siglos y que giran en torno a la devoción más íntima a La Virgen de la Soledad, a la Piedad, a Jesús Flagelado, al Rescatado de San Pablo o a la Dolorosa de la Vera Cruz, recogida en su hermosa capilla.

Salamanca tiene hoy la Semana Santa que se merece y que habéis construido entre todos a través de los tiempos. No sólo despierta el interés de los hijos de esta tierra, de esta comunidad o de España.

La Semana Santa salmantina es, desde 2003, de Interés Turístico Internacional. Porque Salamanca marca, su marca es de calidad y, además, es indeleble. Como su piedra.

La Semana Santa en Salamanca se viste de Nazareno y oro.

Continente y contenido dan paso a un escenario inigualable en este *Alto soto de Torres del que nos escribió Don Miguel de Unamuno*. La Verdad y la Vida se abren camino entre *este bosque de piedras que arrancó la historia a las entrañas de la tierra madre*.

Si la fe y la moral se ofrecen con franqueza desde el amor que emana de la familia, la devoción por la Semana Santa también se transmite de la mano de nuestros abuelos, de nuestros padres, hermanos y cofrades.

Como se transmite el desconsuelo inabarcable de una madre por la pérdida de su hijo con el que nos sobrecoge desde las puertas de La Catedral La Piedad de la Hermandad Dominicana.

La traición del beso repetido de Judas partiendo de las Úrsulas al calor del Santísimo Cristo de la Agonía.

La promesa de silencio que abraza la imagen del Cristo de la Agonía Redentora nada más cruzar la puerta de Ramos de la Catedral.

Y así, paso a paso, la ciudad entera se echa a la calle para acompañar a las imágenes que, golpe a golpe, tallaron las manos sabias de Mariano Benlliure, Damián Villar, Vicente Cid, Alejandro Carnicero, Salvador Carmona, Enrique Orejudo, Hipólito Pérez Calvo, González Macías, José de Larra Churriguera, Pérez de Robles, Soriano Montagut, Malmierca Zúñiga, Sánchez Peña y otros.

Los mismos pasos procesionales que, durante los próximos días de Pasión, abandonarán la quietud de los altares para

acompañar nuestro caminar en este juego de miradas donde todos buscamos y encontramos.

¿Cómo explicar la atmósfera que se vive cada Viernes Santo a las cinco de la mañana en Los Dominicos?

Centenares de personas esperando una escena que sobrecoge bajo el frío intenso. Un silencio sólo roto por el resoplar de los caballos ataviados con los colores de la Hermandad Dominicana. Sonido implacable de los cascos sobre la piedra en una escena que nos transporta hasta las raíces de las que se alimenta esta tradición.

¿Cómo comprender que decenas de jóvenes prolonguen en respetuoso silencio su noche de insomnio para ser testigos de esta escena? Sólo puede entenderse desde la tradición y el sentido religioso que representa nuestra Semana Santa.

Lágrimas de La Soledad, ya en la alta noche del Viernes Santo, en busca de consuelo por la calle Palominos y rodeada de miles de salmantinos. Probablemente una de las imágenes más representativas de nuestra Semana Santa y que a mi me emociona especialmente.

Tan sólo unos momentos antes, la aguarda tanta gente a las puertas de la Catedral que cualquier hueco es refugio para ser testigos de su salida bajo los acordes del himno nacional. Las personas se agolpan alrededor de la estatua del Padre Cámara,

junto a las cadenas que bordean la Catedral o miran desde las ventanas de la Casa del Bedel.

¿Cómo explicar mi primer encuentro con la Virgen de la Amargura hace ya más de 20 años? ¿Por qué preferí verla salir desde la Veracruz en lugar de continuar con mis amigos? Sin duda, por el testimonio que me transmitieron mis padres.

Pero después, está la actitud personal porque, desde aquel año, he sentido cada Lunes Santo una llamada en mi corazón que mueve mis pasos hacia ese mismo lugar en una fecha en la que la Semana Santa todavía no es vivida por el pueblo con la devoción de las jornadas posteriores.

La responsabilidad de transmitir ese testigo religioso te impulsa también a salir de casa de madrugada en compañía de la familia para vivir el encuentro singular entre La Soledad y la Esperanza. Y te sorprendes a ti mismo captando con tu teléfono móvil la instantánea con la Catedral al fondo.

El silencio pétreo de la calle Libreros que se sobrecoge mientras ve pasar al Cristo Yacente de la Misericordia.

El Descendimiento, ahora con toda su conmovedora carga religiosa y humana en el Campo de San Francisco y antes en el Patio Chico.

Y el milagro de cada Domingo de Resurrección, Cristo al encuentro de su Madre, en la Plaza Mayor.

Este momento yo lo presencié cuando se celebraba en la plaza de Anaya. En compañía de la que hoy es mi mujer, vimos bailar a su abuelo, Federico Lozano, La Cruz, una danza religiosa de Villares de la Reina del siglo XVI que dice así:

*“Esta cruz que aquí formamos  
la heredamos del Señor [...]  
Ya resucitó Jesús  
Dios y hombre verdadero  
Ya resucitó Jesús  
En la tierra y en el cielo”.*

Una muestra más de ese sentimiento popular que se pierde en las noches del tiempo. Otro ejemplo de cómo se transmiten las tradiciones de padres a hijas y de abuelos a nietas.

Así es la Semana Santa en Salamanca. Comunion en la calle de arte, tradiciones y religiosidad. Una Semana Santa única porque única es nuestra ciudad.

Conservemos ambas, ciudad y Pasión, con el mismo orgullo y la misma voluntad que nos las legaron.

La Salamanca que se emociona con el Nazareno de San Julián al verlo pasar por ese largo y soberbio pasadizo de piedra de la calle Compañía.

La Salamanca que calla y respeta la solemne y devota promesa del silencio de la Hermandad Universitaria en el cuadrado mágico, que es el Patio de Escuelas, rodeado de luna y piedra.

La que se arrepiente sincera y dolorosamente al paso del Cristo del Perdón e hinca sus rodillas ante el convento de las Bernardas.

Una Semana Santa que se reinventa en las miradas de cada fiel.

Como las miradas que yo he visto el día del Santo Entierro. No soy cofrade, pero sí he procesionado varios años en Viernes Santo al lado de los salmantinos.

Siempre me ha llamado la atención que, al paso de las autoridades, la procesión se pare precisamente a las puertas de esta iglesia. Sin duda el lugar más gélido de la ciudad de Salamanca, como expresa muy gráficamente un dicho popular que no debo repetir.

Es cierto que dejas de sentir los dedos de las manos y de los pies. Pero también que es en ese momento cuando

comprendes, de verdad, el sufrimiento de los cofrades, de los hermanos que salen en cada una de las procesiones.

Cuando la marcha se reinicia, algo ha cambiado para siempre en tu interior porque las sensaciones en carne propia son las que te marcan.

Al igual que ver a Jesús Rescatado lejos del bullicio del Besapiés en San Pablo. Seguir su entrada en el templo acompañado de nuestra Señora de las Angustias y perpetuar la tradición, la fe y la devoción que se transmiten desde el seno de la familia.

El ejemplo que me ofrecieron un Sábado Santo los cofrades de la hermandad del silencio cuando regresaban de traer al Cristo de la Vela hasta la Plaza Mayor en compañía de su Virgen.

Aquella tarde conducía por la avenida de Villamayor, pero la calle estaba cortada. No era ni por obras, ni por un accidente. El tráfico se detenía porque una procesión subía hacia el barrio de Pizarrales.

Mirándoles, comprendí hasta qué punto es duro el regreso. Procesionaban ya solos, pero con la misma entereza que si iniciaran su recorrido. Seguían cumpliendo con esa pesada carga, todavía más dura cuando nadie contempla su esfuerzo.

Apenas había público, pero algunos de los cofrades caminaban con sus pies descalzos. Con humildad y sencillez para cumplir con su deber. Fuera ya de los recorridos procesionales del centro de la ciudad.

A las pocas personas que les mirábamos nos demostraron que tan importante es desfilas rodeados por miles de personas que en solitario, con toda la pureza de su sacrificio.

Este pregón, como el de todas las personas que me precedieron desde 1965 en el uso de la palabra, ya no es mío. Desde este mismo momento, pertenece a la Semana Santa de Salamanca. Desde esta misma noche es parte de su Historia.

Pregonar, decía al principio, es publicar y hacer notorio un acontecimiento.

Por eso os invito a pregonar nuestro amor compartido por esta tradición y por todas las que configuran nuestra Historia e identidad como ciudad, pueblo e Iglesia.

El recuerdo a los que nos precedieron, tanto como “hermanos cofrades” como en el uso de la palabra.

Y la convicción de que, con el sacrificio de todos, los salmantinos conseguimos y perpetuamos siempre aquello que nos proponemos.

Que, a pesar de las dificultades, generación tras generación hemos demostrado durante siglos que, todos unidos, compartimos con alegría y caridad cristiana la carga de este paso.

Que nos alienta nuestra fe en Cristo, nuestra devoción por Salamanca y por labrar el destino que nuestra Semana Santa merece como proyección internacional de la propia ciudad.

Éste es nuestro mensaje de esperanza.

Muchas gracias.